

Sedeño, natural de Arévalo, traductor del Taso y del Tansilo, así como el Urrea últimamente nombrado lo fué del Ariosto y del Sanázaro.

Entre los que continuaron el mismo argumento de la tragicomedia debemos contar á Feliciano de Silva (ya tan famoso por la censura que hizo Cervantes de su estilo), el cual compuso la *segunda Celestina ó la resurreccion de Celestina* (1); don Tomás Tamayo de Vargas en su *Biblioteca española*, manuscrito que existe en la real de Madrid, cita la tercera parte de la *Celestina*, compuesta por Gaspar Gomez de Toledo, impresa en esta ciudad en 1559. Don Nicolas Antonio habla también de otra *Celestina*, impresa en Madrid, que al parecer será la tragicomedia de *Lisando y Roselia* (2): obras todas rarísimas, y muy inferiores á su modelo.

Los que sin seguir precisamente el argumento de FERNANDO DE ROJAS quisieron imitarlo en el género de la novela que pudiéramos llamar lupanaria fueron muchos; pero ninguno de estos pudo tampoco competir con su original, ni en regularidad de composicion ni en belleza de lenguaje, ni en morales advertimientos. Tales fueron Alonso de Villegas (cura de San Marcos de Toledo, y autor del *Flos Sanctorum*) en su comedia *Selvagia* (3); Lope de Rueda en su *Eufrosina* (4); el portugués Jorje Ferreira de Vasconcellos en otra comedia del mismo nombre (5); Juan Rodriguez Florian en su *Florinea* (6); Pedro Hurtado de la Vega en su *Doleria del sueño del mundo* (7); Lope de Vega en su *Dorotea*; Alonso Salas Barbadillo en su *Ingeniosa Elena*, y en su *Escuela de Celestina*. Aunque de estos autores los cuatro primeros corresponden á la época comprendida en el presente tomo, no nos hemos determinado á reunir en él las continuaciones é imitaciones de la *Celestina*, por las razones puestas en la Advertencia. Si hubiésemos de hacer alguna escepcion, seria en favor de una comedia compuesta por don Alfonso Vaz, Vazquez, Velazquez ó Uz de Velasco, con el titulo de *Lena ó el Celoso* (8), la cual, aunque probablemente se escribió á fines del siglo xvi, imita el estilo de FERNANDO DE ROJAS con tan maravillosa perfeccion, que es una de las obras mas apreciables que conocemos en su género. Pero como es representable, sin mas dificultad que la de su asunto, tendrá oportuna cabida en otra seccion de nuestra BIBLIOTECA.

queña, los dientes menudos y blancos, los labios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco mas luengo que redondo, el pecho alto, la redondez y forma de sus pequenuelas tetas, ¿quién te las podria figurar? ¿Qué se despereza el hombre cuando las mira! La tez lisa é lustrosa, el cuero suyo oscurece la nieve, la color mezclada cual ella la escogió para sí.

Que á todos darán cuidados.  
La nariz tiene mediana,  
La boca pequeña y sana,  
Los dientes blancos, menudos,  
Que es para tornarnos mudos:  
Tanta gracia della mana.  
Pues mas gracias della escondo;  
Son sus bezos colorados,  
Grosezuelos y agraciados,  
Gesto luengo y no redondo.  
El pecho alto le tiene,  
Cual para bueno conviene;  
Redondas tiene las tetas;  
Las otras cosas secretas  
Cuales ella las detiene, etc.

(1) La segunda comedia de la famosa *Celestina*, en la cual se trata de la resurreccion de la dicha *Celestina*, y de los amores de un caballero llamado *Fideles*, y de una doncella de clara sangre, llamada *Polandria*, corregida y enmendada por Domingo de Gaztela, Venecia, reimpressa por el maestro Estephano du Savio, 1556. Se desconoce la primera edicion. Otra hay sin año, nuevamente impresa y corregida: véndese en la ciudad de Anvers á la enseña de la Polla grassa. Pedro de Mercado que la corrigió nos declara que su autor es Feliciano de Silva.

(2) Tragicomedia de *Lisandro y Roselia*, llamada *Elicia*, y por otro nombre cuarta obra y tercera *Celestina*, nuevamente impresa, 1542, sin lugar de impresion. (Manual de Brunet.)

(3) Comedia llamada *Selvagia*, en que se introducen los amores de un caballero, llamado *Selvago*, con una dama, dicha *Isabela*, compuesta por Alonso de Villegas *Selvago*, Toledo 1554, por Joan Ferrer.

(4) Se halla entre las cuatro comedias de este autor dirigidas por Juan de Timoneda, é impresas por Juan Mey. Valencia, 1567. Moratin no la cita.

(5) Este fué el autor de la *Eufrosina*, impresa en Coimbra, 1560, y no Francisco Rodriguez Lobo como algunos han creido; pues este fué solamente quien enmendó la edicion de Lisboa en 1616. Tradújola al castellano don Fernando Ballesteros y Saavedra, y la publicó en Madrid, año de 1551.

(6) Comedia llamada *Florinea*, que tracta de los amores del duque *Floriano* con la generosa *Beitsea*, por Juan Rodriguez. Medina del Campo, 1554, por Adr. Ghemant.

(7) Comedia en prosa intitulada *Doleria del sueño del mundo*, Amberes, 1572—1595.—Paris, 1614, junto con los proverbios de Alonso Guajardo Fajardo. Hé aquí por qué don Nicolas Antonio atribuye esta obra ya á uno ya á otro de estos dos autores.

(8) *La Lena*; Milán, 1602, por los herederos del quondam Pacifico Poncio.—*El Celoso* (la misma obra): Barcelona, 1615, por Sebastian Cormellas.

## NOVELA PICARESCA.

LAZARILLO DE TORMES.—GUZMÁN DE ALFARACHE.

Con el titulo de la *Vida de Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades* se publicó en Amberes el año de 1555 (1) un librito en castellano, que fué reimpresso el año inmediato en la misma ciudad, y simultáneamente en la de Burgos: prueba del aplauso que obtuvo desde su aparicion. Este libro no tenia modelo en su género, y abria á los ingenios de buen humor una senda nueva y amenísima. No habian sospechado los literatos que pudiesen interesar las travesuras de un hombre nacido y criado entre la hez de la plebe, ni que llegasen á ser objeto de grata recreacion y atento estudio las escenas de la vida pordiosera y vagabunda. La naturaleza sin embargo ofrecia numerosos tipos, y bastó el verlos reproducidos con gracia y verdad para que el público se deleitase en reconocer la maravillosa semejanza. Hé aquí descubierta una nueva mina de placer asequible á todas las inteligencias; y en aquel momento hubo nacido una clase de composicion que precisamente debia hacerse muy popular: la novela llamada picaresca.

El *Lazarillo* salió sin nombre de autor, pero muy pronto hubieron de trabajar las conjeturas de los curiosos. La opinion general, que probablemente sobre datos fundados designó al autor, no tuvo contradiccion, hasta que el padre José de Sigüenza, insigne escritor, en su *Historia de la orden de San Jerónimo*, impresa en 1600, reclamó la propiedad en favor de fray Juan Ortega, de aquella religion. Mas á pesar de esta autoridad, que tuvo pocos secuaces, todos persistieron en la idea de que el *Lazarillo de Tormes* pertenece á don DIEGO HURTADO DE MENDOZA, varon famoso, mas que por su alta nobleza, por sus vastos conocimientos literarios y sus hechos políticos, que le dieron la mayor importancia durante los reinados de Carlos V y Felipe II (2). Supónese que escribió este lindísimo juguete en su mocedad, cuando se hallaba estudiando en Salamanca, que seria por los años de 1520 al 1523 (3); de lo cual se deduce el largo tiempo que su obra, tal vez por buenos respetos, durmió en sus cartapacios, al paso que la circunspeccion con que ocultó su nombre se esplica por la importantísima y delicada comision imperial que estaba desempeñando en el Palatinado cuando salió á luz esta feliz produccion de su variado ingenio.

La sobrada viveza con que escribió la vida licenciosa de algunos eclesiásticos, y los engaños con que so capa de piedad se fomentaban las ideas supersticiosas del pueblo, hizo que la inquisicion mandase espurgar su original, cuya circulacion no podia impedir sin esponerse al público desaire y á la abierta desobediencia: tanta era la fama que el libro gozaba; y así salieron notablemente alteradas las ediciones hechas en Madrid el año de 1575, en Tarragona el de 1586, en Zaragoza el de 1599 y en Medina del Campo y Valladolid en 1605. Las principales supresiones recayeron sobre el capitulo ó tratado iv, relativo al asiento de Lázaro con el fraile de la Merced, y sobre el v, en que refiere las trapisondas de aquel bulero fingidor de milagros. Ambos pasajes se omitieron enteramente, y en los demás se quitó aquello que

(1) Ediciones del *Lazarillo de Tormes*: 1555, Amberes.—1554, Burgos.—1554—1555, con la segunda parte, Amberes.—1555, *idem*.—1565, Madrid, junto con la *Propaladia*.—1586, Tarragona.—1587, Milán, por Antonio de Antoni.—1595, Amberes, por Plantino.—1597, Bérgamo.—1599, Zaragoza, por Juan Perez.—1600, Roma, por Antonio Fachetto.—1605, Medina del Campo.—1620, Corregida por J. de Luna, Paris por Boutonné.

—1598, con la 2.ª parte anónima por Juan Vander Meres, Amberes, G. Jauseus.—1601, con el testo, Paris, N. y P. Bonfons.—1620, con la segunda parte por S. S. D. (Le Sieur D'Audiguier), Paris, Boutonné.—1649, Lion, B. Bachelu.—1660, Paris, J. Cotinet.—1678, por el abate de Charnes, Paris, Ch. Barbin.—1697, Lion, J. Viret.—1698, traduccion nueva, Bruselas, Jorje Backer.—1801, Paris, Didot.

(2) Reservamos la vida de don DIEGO HURTADO DE MENDOZA para el tomo que ha de comprender otras obras suyas menos lijeras.

(3) Creemos mas bien que fué después del año 1525, porque habla de las cortes de Toledo, las cuales fueron celebradas por el emperador en aquel año.

## Traducciones.

1561, en francés por J. G. de L. Paris, Le Maguier ó Vicente Sartenas.—1594, Amberes, Guisland Jausens.

podía ceder en menoscabo de la clase, á la cual en competencia con la autoridad civil estaba confiada la magistratura suprema y veto absoluto en materia de libros. Salvóse sin embargo lo del arcipreste de San Salvador de Toledo, cuya sospechosa amistad con la mujer de Lazarillo podía ser objeto legítimo de espurgo, pues se trataba de una dignidad que realmente existía, y bastaba saber quién la estaba poseyendo en el año de 1525, que fué cuando el emperador Carlos V tuvo cortes en Toledo, para colgar el milagro á persona determinada, y tal vez bien inocente. Tales son las anomalías que presentan los actos de la censura de aquellos tiempos; á bien que en todos la hemos visto obrar caprichosa y desatentadamente, inútil para corregir el mal, y solo eficaz para aumentar el escándalo. Por lo demás, tocante á alusiones políticas, solo se tachó lo que dice en el tratado III sobre los medios de obtener privanza en palacio, y en el VII sobre la medra que alcanzan únicamente los que pillan un oficio real, aunque sea de pregonero de vinos.

Puede considerarse este libro como un retrato muy fiel de la época en que coloca la acción, que fué la misma en que se escribió. La fecha citada de las cortes de Toledo, cuando Lazarillo estaba ya casado, se ajusta perfectamente con la de la jornada de Gelves, acaecida en 1514, donde, siendo él niño, murió su padre. Las exageraciones que puede haber en la descripción de las costumbres son moderadas y graciosas. No hay el menor resabio de pedantería, que fuera de su lugar es insostenible; y sin embargo lo escribía uno de los hombres mas eruditos de aquel tiempo, cuando era raro el escritor que con cualquier motivo no hiciese alarde de cuanto había leído.

El *Lazarillo* adquirió desde luego tanta popularidad, que algunas de sus gracias se refundieron en proverbios, y hasta el nombre propio de su héroe pasó por antonomasia á ser apelativo para significar al muchacho que ejerce el oficio de acompañar á un ciego. Los mas nombrados escritores se aprovecharon de sus pasajes, aludiendo á ellos oportunamente. Cervantes, en los versos cortados que preceden al *Quijote* dice:

No se me escapó cebá-,  
Que esto saqué á Lazari-,  
Cuando por hurtar el vi-,  
Al ciego le di la pá-,

refiriéndose á la burla que se relata en el tratado primero (pág. 49). Shakespeare aludió también á la venganza que Lazarillo tomó de su primer amo (pág. 81), cuando dice: «Oh! vos dais palos de ciego. Vuestro lazarrillo os hurtó la comida, y vos dais en el poste (1).»

El autor de *Lazarillo* puso en boca de su héroe la relación de la propia historia, método que da al discurso grande energía y colorido. Petronio y Apuleyo habían ya dado el ejemplo, y si HURTADO DE MENDOZA no se propuso adrede imitarlos, participó de aquel tino que muchas veces conduce por una misma senda á ingenios aventajados, que abandonados á la espontaneidad de su impulso obran de un mismo modo sin tratar de parecerse. Esta obra, á diferencia de todas las que en aquel siglo se escribían, oculta y disimula, según hemos observado, todo rastro de erudición impertinente, defecto que ya hemos notado en la *Celestina*. Lazarillo es quien debe ser: un mozo de travesura, sin mas letras que las necesarias para leer, escribir y ayudar á misa. Su lenguaje es sencillo, rápido, animado y lleno de chispa. Amaestrado por el ciego en las mañas de la mendicidad, acosado por el hambre, que es grande aguzadora del entendimiento, descubre un carácter que no deja de interesar: generoso en medio de su laceria, sufrido, maldiciente, gracioso, y fecundo en trazas; pero no en aquellas que demuestran perversa intención y producen pesadas consecuencias. Como los demás personajes que aparecen en la narración pasan rápidamente sin volver á presentarse, sus caracteres están trazados como bocetos de un gran pintor de caricaturas en un momento de inspiración.

La narración concluye de golpe, cuando mas curioso debe estar el lector por ver en qué paran aquellos chismes sobre las entradas y salidas de la mujer de Lazarillo en casa del arcipreste. ¿Dió el autor por concluida su obra? Por una parte poco antes de su fin habla en presente, diciendo: «Esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.» Luego al es-

(1) BENEDICK. — «Ho! now you strike like the blind man: 't was the boy that stole your meat, and you 'll meat the post.» (Comedia: *Much ado for nothing*, Mucho ruido y pocas nueces, acto 2.º, escena 1.ª)

cibir su relación se hallaba todavía en aquel estado de bienaventuranza conyugal bajo la sombra de su protector. Mas á pocos renglones termina con estas palabras: «Mas en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.» Luego su situación había variado. ¿Y por qué nos oculta sus nuevas vicisitudes quien con tanto candor nos ha referido los sucesos de su vida desde su nacimiento en la aceña del río Tormes? No podemos fácilmente perdonarle esta reserva estemporánea, cuando, según las señas, había tela cortada para largo rato de entretenimiento.

Poco tardó una buena alma en presentarse á acallar nuestras quejas. En 1555 salió de las prensas de Martín Nucio de Amberes, con privilegio imperial, una segunda parte de *Lazarillo*, la cual comunmente va unida á la edición de la primera, hecha por el propio impresor en 1554. Tampoco se declara el nombre del autor; pero á tiro de ballesta se conoce claramente que los dos partos no son de un mismo seno. Empieza esta continuación con las mismas expresiones que cierran la relación anterior. No prosigue mal la historia hasta el naufragio descrito en el capítulo II; pero allí empieza el autor á mudar de tono, apartándose tanto de su modelo en conceptos y en estilo, que ninguna duda deja sobre la superchería del que usurpó el nombre al buen pregonero de Toledo. En la primera parte todo es naturalidad y verosimilitud; en esta segunda, escasa de invención, se cuentan largamente las submarinas aventuras de que fué testigo y actor el falso Lazarillo convertido en atun. Semejantes metamorfosis, autorizadas por el ejemplo del antiguo *Asno de oro*, constituyen un género de novela muy diferente (1), y pueden á la verdad, manejadas con arte, economía é invención, dar lugar al lucimiento del ingenio; pero ignorando nosotros las satíricas alusiones que tal vez encierran las intrigas del capitán general, la amistad de Licio, el casamiento de Luna, y otros lances que de aquella atunesca corte se refieren, debemos confesar que no hemos podido tomarle el sabor á este episodio, que ocupa la mayor parte de la fábula. Si algun interés literario ofrece, consiste principalmente en la influencia que puede haber tenido en otras invenciones posteriores, como las de Enrique Wanton y el capitán Gulliver, donde bajo la figura de una sociedad de otra especie se ha tratado de satirizar los vicios y ridiculeces de la sociedad humana. Vuelve por fin Lázaro á su primitiva forma, y recobra su gracejo al contar lo que le sucedió en Toledo; pero lo pierde de repente en la defensa de las ridículas conclusiones que sostuvo ante el claustro de Salamanca, con lo cual concluye, prometiendo al lector que con el tiempo sabrá lo demás.

Nada ha llegado á nuestra noticia acerca del autor de esta segunda parte, y carecemos de todo dato en que pueda apoyarse razonable conjetura. Don Nicolas Antonio habla confusamente de cierto *fray Emanuel*, cuyo apellido deja en blanco, natural de Oporto, y religioso dominico, y dice que se cree fué continuador del *Lazarillo de Tormes* (2). Pero ¿habla realmente nuestro distinguido bibliógrafo de esta segunda parte, ó de la otra de que vamos á tratar en seguida? En falta de argumentos en contra, nos decidimos por lo primero, por varias razones, á saber: porque don Nicolas Antonio precisamente debió de conocer la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, publicada en Amberes en 1555, y muchas veces reimpressa; segundo, porque pudo muy bien desconocer la edición de Paris de 1620 y la subrepticia de 1652, que lleva el nombre de

(1) De esta especie de novela alegórica tenemos un ejemplo anterior en el libro titulado *Labricio Portundo, ó Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, escrito por Luis Mejía, publicado en 1546, y comentado por Francisco Cervantes de Salazar.

(2) El artículo de don Nicolas Antonio sobre este continuador del *Lazarillo* ha hecho incurrir fácilmente á algunos literatos en un error evidente, á nuestro modo de ver. El artículo dice así: *Emmanuel.... portuensis dominicanorum sodalis prosequutus dicitur puerilem sed ingeniosissimum in paucisque facetum, jocum anonymo (Didacum Mendozam Caroli V amplissimum Venetiis atque in aliis reipublicæ muneribus legatum non nemo suspicatur) castellano sermone conscriptum et Lazarillo de Tormes inscriptum. Cardoso (Bibliotheca nova, t. 1, p. 540)*. Esta última palabra, que es evidentemente un apellido, ha hecho creer que lo sería del padre Emanuel. Pero no es

así: don Nicolas Antonio lo ignoraba, ó quiso callarlo. En el índice dividido por materias con que concluye el t. II, p. 680, repite: *Emmanuel. Lazarillo de Tormes continuado*, sin añadir el *Cardoso*. Esta palabra no se refiere al autor; es una mera cita del que dió noticia de él; y para nosotros no cabe duda en que indica al presbítero *Jorge Cardoso*, natural de Lisboa, autor de un *Agiología ó Flores sanctorum*, portugués, quien vino á Madrid el año de 1669, y murió á su regreso. Dejó proyectada una *Biblioteca Lusitana*, que abandonó al verse anticipado por Juan Soarez de Brito y Juan Franco Barreto. Después de su muerte, sus notas fueron recogidas por el padre Manuel de la Resurrección, agustino recoleto, y comunicadas por él mismo á don Nicolas Antonio, quien sacó esta noticia citando su origen. Con esto queda desvanecida la creencia de que un tal *Cardoso* fuese uno de los continuadores del *Lazarillo de Tormes*.

Zaragoza, las cuales apenas corrieron en España; tercero, porque se sabe positivamente la existencia de LUNA, á cuyo nombre salió la segunda parte últimamente escrita; y cuarto, porque la circunstancia de pertenecer *fray Emanuel* cabalmente á la órden de predicadores hace menos probables aquellas repetidas censuras contra la inquisicion, que se encuentran en la obra que lleva el nombre de LUNA. De todo lo cual inferimos que el *Emanuel* citado por don Nicolas Antonio pudo ser el autor de la segunda parte publicada en Amberes en 1555.

Es notable en efecto bajo muchos puntos de vista la otra *segunda parte de Lazarillo*, suscrita por H. LUNA, *intérprete de lengua española*. Segun hemos dicho, salió por primera vez en Paris el año de 1620, en castellano y en francés, probablemente con el objeto de servir de testo para los discípulos del autor. Hubo realmente en Paris por aquellos tiempos un LUNA que se titulaba tal intérprete; pero se llamaba Juan, el cual en 1619 publicó un libro bilingüe; *Diálogos familiares, en los cuales se contienen los discursos, modos de hablar, proverbios y palabras españolas mas comunes, muy útiles para los que quieran aprender la lengua castellana*. No sabremos esplicar con seguridad la diferencia que se advierte entre la inicial H. y el nombre de Juan; pero la triple concordancia del apellido, de la profesion y de la época, nos ofrece un dato probable para creer que se trata de una sola y misma persona. Seria tal vez algun refugiado por causas políticas ó religiosas; pues el español que en tales términos escribía no podía en aquella época volver á su patria. Asi es que la edicion que suena como de Zaragoza por esta sola razon debiera tenerse por falsa, aun cuando otras señales evidentes en la correccion, mano de obra y materiales no demostrasen que se hizo en el vecino reino (1).

En nuestro concepto este libro no desmerece ser estudiado. Su lenguaje es puro, fácil y gracioso; tiene mucha invencion, y presenta una muestra no muy comun del sentido en que hubieran escrito muchos españoles, á no haber tenido tantas trabas que estrechando el pensamiento lo ahogaban sin dejarle respirar. La observacion de este fenómeno es tanto mas importante, cuanto mayor es la preocupacion de algunos, que pretendiendo graduar el carácter político y moral de la literatura española, creen que nuestros autores escribian siempre segun pensaban. Escribian como podian, sobrecogidos por un miedo nada infundado; y por esto es necesario pillar al vuelo aquellos momentos de sinceridad en que el sentido intimo luchaba con ventaja contra la forzada costumbre y las ideas de un poder intolerante; sospechar ironías y alusiones donde de otra manera no se hallarian mas que conceptos llanos y libres de toda interpretacion; ver finalmente las obras, aunque escasas, de aquellos escritores independientes que fuera del alcance de la censura nada tenian que temer ni que esperar.

LUNA supo con bastante felicidad tomar el tono de Hurtado de Mendoza. Su narracion es igualmente pintoresca y animada, aunque no tan rápida. Se desliza fácilmente en el terreno de la desenvoltura mas de lo que permite el decoro de las costumbres actuales; para negarlo seria preciso no ser sinceros. Enlaza bien su fábula con la primera parte; y al acusar de apócrifa la segunda del anónimo publicada anteriormente, esplica con bastante ingenio y sutileza el fundamento que pudo tener la vulgaridad de la conversion de su héroe en atun, copiando á la letra lo que dice encontró escrito en el archivo de la Jacarandina de Toledo.

A mas de las continuaciones del *Lazarillo* son de notar las imitaciones que de él se hicieron. Toda novela del género picaresco tomó por modelo la que abrió el camino con tanto acierto. *El Picaro Guzmán de Alfarache* fué la única imitacion notable que nos presenta el siglo XVI; á principios del siguiente se publicó *La Picara Justina* y en 1620 el *Lazarillo de Manzanares*, por Juan Cortés de Tolosa. De la primera de estas novelas vamos á tratar en seguida; la segunda es uno de los mas vivos ejemplos de la corrupcion del gusto en su época; el autor de la tercera, á pesar de sus esfuerzos, queda muy rezagado en la carrera emprendida por su original.

(1) Aunque esta obra es posterior á Cervantes, y por consiguiente no debiera haber tenido cabida en el presente tomo, usando del poder discrecional que esperamos ver confirmado por la benignidad de nuestros lectores, lo hemos incluido sin vacilar, porque su corta estension, que no pasade un pliego, no oponia grave inconveniente á esta

libertad; y por otra parte toda edicion del *Lazarillo* que no comprenda las dos segundas partes debe tenerse por incompleta. Los amantes de la literatura española, cuando no nos agradezcan esta inconsecuencia, fácilmente nos la perdonarán.

La novela picaresca, reducida á una relacion rápida y pelada de aventuras y trazas ingeniosas para salir de apuros y medrar á costa del prójimo, debió parecer peligrosa para la moral á los ojos de los hombres graves que empezaban á conocer la inmensa influencia que este género de escritos habia de ejercer sobre las costumbres populares. Para que el lector poco reflexivo no tomase por ejemplo de imitacion lo que era aviso para escarmiento, un escritor de buen ingenio y grande estudio emprendió la relacion de los hechos de un pícaro, acompañándola con reflexiones provechosas y capaces de remediar el daño, aplicando el bálsamo en el momento de causar la herida: expediente laudable por su intencion, y eficaz en su resultado cuando se usa con discrecion y economía; pero cuando en lugar de pinceladas y toques lijeros, oportunos y sentenciosos se interrumpe el curso de la fábula con largos discursos, no suele producir mas efecto que el cansancio del lector y el repetido enfriamiento de su interés, que puede alimentarse solamente por la impaciente curiosidad.

No acertó á prevenir este inconveniente el sevillano MATEO ALEMÁN, cuando al proponerse un argumento del género en que habia sobresalido don Diego Hurtado de Mendoza intentó adornarle con frecuentes y larguissimas digresiones, escelentes para un tratado de moral, pero impertinentes y fuera de su lugar en una relacion que se supone escrita por un hombre de cascos alegres y poca sustancia. Desmochado el *Guzmán de Alfarache* de semejantes apéndices, seria una novela entretenidísima, llena de gracejo y salpimentada de interés. Sabemos de Moratin que quiso emprender este trabajo: ya lo habia hecho antes Lesage; pero nosotros no nos hemos atrevido á él, porque no nos consideramos con autoridad suficiente para meter la tijera en un paño de tanto precio, en cuyas recortaduras y desechos se hubieran perdido riquísimos aunque mal pegados recamos.

La estrañeza que pudiera causar el ver á un hombre, dado á la vida airada, ostentar tal lujo de erudicion en sus disertaciones morales y literarias, y hasta legislativas algunas veces, se desvanece hasta cierto punto al considerar que recibió alguna instruccion en casa del buen cardinal á quien sirvió en Roma, y en la universidad de Alcalá donde después de viudo siguió por algun tiempo los estudios. Lo que difícilmente se combina es la magistral gravedad de los discursos con el tono de frescura, desenfado y aun jactancia en la narracion de las acciones mas feas. No siempre es Guzmán un mozo entreverado de simple y de malicioso, víctima unas veces de su credulidad, poca precaucion ó falta de esperiencia, y otras inventor de mañas sutiles para chasquear á los demás sin daños sobrado graves. Frecuentemente es un bribon consumado, y no pueden echarse á broma sus ataques á la hacienda y aun á la honra de los que le dispensaban su confianza. Empieza su historia murmurando de sus padres (y en esta parte sigue las huellas de *Lazarillo de Tormes*). Bien pueden ser materia de diversion las travesuras de muchachos, mendigos, soldados, estudiantes y petardistas; pero el robo del especiero de Madrid, la suplantacion del mercader de Milán y el engaño de los parientes de Génova, no pueden contarse sin una punzada de remordimiento, sin una confesion de vergüenza, ó sin una espiacion que, siguiendo al delito como su precisa consecuencia, manifieste claramente la mano de Dios. Con este correctivo puede el escritor dejar correr libremente su pluma, y pintar al vivo escenas de naturaleza reprobada; de otra manera solo conseguirá hacer odioso ó despreciable á su héroe, que en medio de sus estravíos no debe dejar de ser interesante.

Dirán algunos que andamos hartos severos después de las muestras de tolerancia que hemos dado. En realidad no somos tan exigentes con aquellos que se proponen escribir un libro de mero entretenimiento sin un determinado fin moral, como con los que bajo las formas de una fábula amena pretenden encerrar un gran tesoro de doctrina. Tal fué sin duda alguna el designio que se propuso MATEO ALEMÁN en su *Atalaya de la vida*, que así tituló su famoso libro.

Salió á luz la primera parte en Madrid, el año de 1599, y no pudo ser escrita mucho tiempo antes, por cuanto se refiere á un suceso del mismo año, como es el casamiento de Felipe III, á quien indudablemente se refieren las palabras de *rey mozo recién casado* (1). Cuando MATEO ALEMÁN escribía la *Atalaya de la vida* era ya de edad proveyta. Consta que treinta y un años antes, en el de 1568, desempeñaba ya un destino público de bastante importancia; pues dice de si mismo en otra obra: «En el tiempo en que asistí sirviendo al rey don Felipe II, nuestro

(1) Parte 1.<sup>a</sup>, lib. 41, cap. 4, p. 128.

«señor, que esté en gloria, en oficio de contador de rentas en su contaduría mayor de cuentas, entre otras muchas grandezas que ví en la corte fué, que habiendo allí llegado de parte de su Santidad Pío V cierto príncipe de la Iglesia para tratar negocios della, tanto gustó de algunos cortesanos de ingenio, que con curiosidad trató de granjear su amistad; y se hizo tan familiar, que no solo se honraba de tenerlos en su posada y llevarlos en su carroza cuando salía en público, mas convidándoles á comer les daba liberalmente su mesa, haciéndoles muchas particulares mercedes. Tenia de costumbre, luego como se alzaban los manteles, quedarse tratando varias cosas, curiosidades dignas de tan grande príncipe. MONSEÑOR como tan discreto y famoso letrado....» Este monseñor no pudo ser otro que Julio Aquaviva, venido á España en dicho año, pues fueron cardenales y no simples prelados ó monseñores los demás legados que envió Pío V, muerto en 1572. Posteriormente renunció ALEMÁN su empleo para volver á cultivar los liberales estudios que desde su juventud habia abandonado, segun nos lo declara Alonso de Barros en su elogio, diciendo que «habiéndose criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas, no le podrán pedir residencia del ocio, ni menos que en esta historia se haya metido en ajena profesion; pues por ser tan suya y tan aneja á sus estudios, el deseo de escribirla le retiró del honesto entretenimiento de los papeles de su Majestad, en los cuales, aunque bien suficiente para tratarlos, parece que se hallaba violentado; pues se volvió á su primer ejercicio, de cuya continuación y vigiliias nos ha formado este libro (1).» Tal vez no fué este ocio tan tranquilo como á su sabrosa ocupacion convenia; porque, segun una carta escrita desde Simancas por don Tomás Gonzalez, se le formó una causa sobre descubiertos en ciertas cuentas, y añade don Martin Fernandez de Navarrete, que de resultados estuvo preso (2). A esto pueden aludir las espresiones que el mismo Alemán dirige al vulgo: «Huí de la corte, seguísteme en la aldea; retiréme á la soledad, y en ella me hiciste tiro, no dejándome seguro sin someterme á tu jurisdiccion (3).» Pudiera asegurarse con gran viso de probabilidad que ALEMÁN en alguna época de su vida viajó por Italia: tan puntuales y minuciosas son las descripciones que hace de algunos puntos de ella, especialmente de la ciudad de Florencia. Las demás obras que de él conocemos todas fueron impresas posteriormente al *Guzmán*, tales son: *San Antonio de Padua* (4), bajo cuyo título publicó una vida de este santo, precedida de unos versos latinos, y la *Ortografía castellana* (5), que por haber salido á luz en Méjico dió ocasion á don Nicolas Antonio para creer que habia pasado finalmente á Nueva España: noticia á que nada tenemos que oponer; pero que, si en mas positiva indicacion no se apoya, nos parece que no pasa de conjetura harto liviana.

La edad en que escribió MATEO ALEMÁN esplica suficientemente su sistema de novelar, interrumpiendo la narracion con reflexiones llenas de juicio y madurez, y con historias estrañas á la accion, entre las cuales por sus desproporcionadas dimensiones merecen citarse la de *Osmín y Daraja* (6), la de *Dorido y Clorinia* (7) y la de *Dorotea* (8), que atenúan con su ejemplo el defecto semejante en que incurrió el autor del *Don Quijote*. Al concluir la segunda de estas novelas, se da repentino é inesperado corte á la primera parte de *Guzmán de Alfarache*, convidando al lector para la siguiente si aquella le satisface.

Esta costumbre de dejar suspensa la obra, prometiendo la continuacion, estaba de moda en aquella época entre los autores de los libros de entretenimiento, ya fuese un artificio para escitar la curiosidad, ya un medio de tantear el gusto del público, ya una advertencia á los del oficio para evitar que apoderándose del argumento algun entremetido, segara su cosecha en campo ajeno.

De algunos puede sospecharse que ni siquiera soñaron en cumplir su ofrecimiento, y otros que tuvieron esta intencion no la realizaron con tanta diligencia que por otros no se viesen alcanzados, siendo tal el furor de añadir segundas partes, que aun cuando un autor dejaba á su héroe en la sepultura, otro venia sin pararse en barras á resucitarle, como hizo Feliciano de Silva con la *Celestina*. Seria cosa mal mirada semejante conducta, cuando los que la ob-

(1) Página 187 de este tomo.

(2) Vida de Cervantes. Ilustraciones y documentos, número 138.

(3) Página 185 de este tomo.

(4) Sevilla, 1604. — Valencia, 1608.

(5) Méjico 1608.

(6) Parte 1.<sup>a</sup>, lib. 1, cap. 8, p. 205.(7) Parte 1.<sup>a</sup>, lib. 2, cap. 10, p. 258.(8) Parte 2.<sup>a</sup>, lib. 2, cap. 9, p. 316.

servaban solian ocultar ó disfrazar sus nombres, segun vemos en el fingido Avellaneda, continuador del *Don Quijote*. Algunos años antes que Cervantes tuvo que lamentarse MATEO ALEMÁN de la misma usurpacion; pues después de haberse impreso su primera parte en Bruselas, en 1600, y antes que en Tarragona, Zaragoza y Milán se hicieron simultáneamente tres ediciones en el solo año de 1605, ya se habia echado á volar la *Segunda parte del Picaro Guzmán de Alfarache*, compuesta por MATEO LUJÁN DE SAYAVEDRA, natural y vecino de Sevilla. De este libro hemos visto solo la edicion hecha en Bruselas, año de 1604; mas en la misma se lee la aprobacion espedita en Zaragoza, en 1602, donde se dice espresamente que habia sido ya impresa en Valencia. De aquí debe inferirse que su autor era listo en el ejercicio de escribir; y en la dedicatoria dirigida á don Gaspar Mercader y Carroz manifiesta su deseo de sacar á luz otros trabajos. El mismo MATEO ALEMÁN habia dado una guía para seguir el hilo de historia hasta anudarlo con su fin, porque en la declaracion que precede á la primera parte dice, anunciando el plan: «que él mismo (Guzmán) escribe su vida desde las galeras donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladron famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte», y á la verdad no debian tener sus principios otro paradero.

Echase de ver que del atrevimiento de su continuador tomó MATEO ALEMÁN grande incomodidad, de que dió muestras en repetidos pasajes de su segunda parte publicada después. Muy al principio de ella hace decir á Guzmán: «La vida que me achacan es testimonio que me levantan, y no faltará otro Gil (1) para la tercera parte.» Y dice mas adelante (2): «habiéndolo (yo) intitulado (el libro) *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Picaro*, y no se conoce ya por otro nombre.» En varios pasajes trata de zaherir al supuesto LUJÁN DE SAYAVEDRA, cuyo verdadero nombre y circunstancias pueden colegirse de algunas espresiones suyas. El nombre de *Gil* que usa en el pasaje citado podria dar lugar á creer que tal fuese el de su rival, ó que, tratándose de un continuador de su obra, quisiese aludir á Gil Polo, que lo fué de la *Diana* de Jorje de Montemayor. Pero una y otra conjetura quedan desvanecidas por lo que dice mucho después (3). «De lo que le pareciere tener mas seguridad, en lo mismo hallará un *Martinus contra*, que es lo que solemos decir *in Gil* que nos persiga.» Esto parece indicar que existia entonces algun refrán, en que se llamaba *Gil* á un hombre incómodo y entremetido. Mas probable es la comun opinion de que el tal MATEO LUJÁN DE SAYAVEDRA era un abogado valenciano, llamado JUAN MARTÍ.

Hablando Guzmán en la segunda parte (4) de aquel gran bellaco que con mentida amistad le engatusó en Roma para robarle en Siena, se esplica así: «Dijome (*Sayavedra*) ser andaluz, de Sevilla, mi natural.... todo fué mentira; era valenciano, y no digo su nombre por justas causas.» Pero en otro capitulo, como arrepentido de su prudente indulgencia, haciendo que Sayavedra refiera su vida, pone en su boca las palabras siguientes (5): «Mas porque pudiera no sucedernos de la manera que teniamos pensado, y para en cualquier trabajo no ser conocidos ni quedar con infamia, fuimos de acuerdo en mudar de nombres. Mi hermano como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo. Llamábase *Juan Martí*; hizo del Juan, *Luján*; y del Martí *Mateo*; y volviéndolo por pasiva llamóse *Mateo Luján*. De esta manera desbarró por el mundo, y el mundome dicen que le dió pago también como á mí. Yo, como no tengo letras, ni sé mas que un monacillo, eché por esos trigos; y sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allí y puseme su apellido.» En otro pasaje (6) vuelve MATEO ALEMÁN á desahogar su resentimiento diciendo: «No le culpo (á Sayavedra); pero á su hermano mayor el señor Juan Martí ó Mateo Luján, como mas quisiere que sea su buena gracia.... ¿cuál diablo de tentacion le vino en dejar su negocio y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, y querer quitar capas?... Era buen gramático, estudiaba leyes, que mas á cuenta y fácil fuera hacerse letrado.» Si realmente no ejerció JUAN MARTÍ esta profesion, hay en su obra grandes indicios de que la tuvo; sobre todo, los tres enormes capitulos que cortando el hilo de la historia dedica á demostrar la nobleza de los oriundos de Vizcaya, se nos antojan por su estilo y fraseologia forense un

(1) Parte 2.<sup>a</sup> de Alemán, lib. 1, cap. 1, p. 265.(2) *Ibid.*, cap. 5, p. 269.(3) *Ibid.*, cap. 8, p. 313.(4) Parte 2.<sup>a</sup>, lib. 1, cap. 8, p. 282.(5) Parte 2.<sup>a</sup>, lib. 2, cap. 4, p. 298.(6) Parte 2.<sup>a</sup>, lib. 2, cap. 5, p. 301.

extracto de algun escrito de probanza de hidalguía que habria compuesto; el cual le parecería tan bien que le dió lástima el que no viese la luz pública, y por esto lo encajó en su novela sin escrúpulo. Tocante á su patria hallamos numerosas pruebas en los provincialismos en que incurre contra la lengua castellana, que por otra parte manejó con regular destreza; pero no pudo evitar los resabios de su nativo idioma (1).

Si prescindiendo de esto cotejamos los dos autores, el primitivo lleva conocida ventaja sobre su imitador; pero si este hubiese sabido sostener la entonacion que tomó en el principio, hubiera sido un digno rival. Léese con gusto el libro primero y parte del segundo; hay momentos felices, gracia y gran fuerza descriptiva; pero allí parece que se cegó repentinamente el raudal de su invencion; todo lo demás es pesado sin las bellezas de su original, y con todos sus defectos muy subidos de punto. Sin embargo, esta obra merece ser conservada como un recuerdo del estado del arte en su época, y como un repertorio de indicaciones curiosas hechas por un hombre de mucha erudicion y regular juicio, atendidas las preocupaciones de la época en que vivió.

Uno y otro autor prometieron terceras partes; el primero, con la salvedad de si el cielo le daba vida, antes de la eterna que todos esperamos; y el otro, con el presupuesto de que la segunda no dejase cansado y enfadado al lector (2); pero ni el uno ni el otro cumplieron su designio. Las dos partes de MATEO ALEMÁN han sido infinitas veces reimpresas. La segunda de LUJÁN fué presto olvidada, y sus dos ediciones son ya rarísimas.

Después de *Guzmán de Alfarache* se cultivó por algunos ingenios el género picaresco; el libro que le siguió inmediatamente fué *La Picara Justina*, ya citada, que no corresponde á la época en que se encierra el presente tomo; pues aunque se publicó anteriormente á las novelas de Cervantes, fué en 1605, meses después de la primera parte del *Don Quijote*, á quien cita el autor en aquellos versos:

Mas famó que Doña Oli-  
Que Don Quijó y Lazari-

El *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache* son por consiguiente con sus continuaciones las únicas muestras que del género picaresco nos ofrece el siglo xvi; pero las dos tan famosas en aquellos tiempos, que contribuyeron indudablemente al sumo aprecio con que las naciones extranjeras miraban los frutos de nuestra literatura.

## NOVELA AMATORIA.

HISTORIA DE AURELIO E ISABELA. — HISTORIA DE LA REINA SEULLA. — AMORES DE CLAREO Y FLORISEA. — PROCESO DE CARTAS DE AMORES. — SELVA DE AVENTURAS.

No á todos los gustos satisfaria la lectura de la *Celestina* y sus imitaciones; y á pesar de la gran popularidad que semejantes libros alcanzaron en aquellos tiempos de costumbres indefinibles y contradictorias, no faltaria quien prefiriese para su recreo la narracion de lances novelescos mas honestos y decorosos. El lenguaje del amor se habia revestido de las formas bucólicas, desde que Garcilaso presentó á esta pasion disfrazada bajo el pellico. Jorje de Montemayor, imitando á Sannázaro, redujo á prosa interpolada con versos una accion regular en su *Diana*, publicada en 1541; pero ya hemos dicho que la novela pastoral forma una seccion separada, de que trataríamos en mas oportuno lugar, y por lo mismo no señalamos esta produccion como el principio de la novela amatoria. Este género, si bien lo consideramos, existia ya, pero no con existencia propia, no como poema independiente, sino como episodio de los libros de caballerias, que se escribian y publicaban entonces con verdadera profusion.

La *Cárcel de amor*, de que hemos hablado, es el primer ensayo que podemos citar de este

(1) Sirvan de ejemplo las siguientes espresiones evidentemente valencianas: *tomar paciencia*, por tener paciencia (lib. 1, cap. 4); *estar de mala gana*, por estar desazonado (cap. 6); *pedir de él*, por preguntar por él (cap. 8); *toncillos*, y *siempre tenian de nuevos*, por los

tenian nuevos (lib. 2, cap. 8); *hacer gozo*, por agradar (lib. 3, cap. 2); *envescado*, por cogido en la liga (lib. 3, cap. 5); *botica*, por tienda (lib. 3, cap. 9) etc. etc.

(2) Página 450.

género; y después que se compuso trascurrió largo tiempo antes de aparecer otro semejante. Juan de Flores, autor de la *Historia de Grisel y Mirabella*, escribió otra de *Aurelio é Isabela, hija del rey de Hungría*, donde dió mas importancia al amor que al esfuerzo; pero de este libro, antes que el testo castellano, salió la traduccion italiana, por Lelio Alitifero, en Milán, año de 1521, repitiéndose la edicion en 1526 y 1529. Publicóse después en francés en Lion, año de 1552, bajo el título de *Jugement d'amour*; y hasta el de 1556, en Amberes, no sabemos que fuese impreso el original, junto con las versiones italiana, francesa é inglesa. Todas estas circunstancias, y las muchas reimpressiones de que hay noticia, prueban el aprecio que se hizo de este libro, que ignoramos si fué reproducido por las prensas españolas.

En 1548 salió en Salamanca el *Libro de los honestos amores de Peregrino y de Jinebra*, por Hernando Diaz, y en 1551 en Burgos la *Historia de la reina Seulla (sic)*, cuyo autor desconocemos; é igualmente la edicion ó ediciones que hubo de haber anteriormente, pues en esta se dice *agora nuevamente impresa*.

Peró donde hallamos ya algun tanto emancipada la novela sentimental es en la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, por ALONSO NUÑEZ DE REINOSO, impresa en Venecia en 1552 (1). El autor tomó la idea, segun él mismo se espresa, de un libro italiano llamado *Razonamientos de amor*, que seria tal vez el publicado en el mismo lugar y año, entre las obras de micer Agnolo Firenzuola. ALONSO NUÑEZ DE REINOSO dirigió la suya á Juan Micas, noble veneciano, amante de la literatura española, á quien Feliciano de Silva dedicó también su segunda parte de la *Celestina*. Envió igualmente su libro á Madrid con una carta que en él se lee impresa, á don Juan Hurtado de Mendoza, señor del Fresno de Torote, llamado en su tiempo el filósofo, y conocido en la república literaria por haberle dirigido Eugenio de Salazar su famoso papel de los *Catariberas*, que equivocadamente se ha atribuido al autor del *Lazarillo*.

Cuando escribió su *Clareo y Florisea*, hacia muchos años que NUÑEZ DE REINOSO se hallaba en Venecia, al parecer ó fugitivo ó desterrado. Nació en Guadalajara, segun afirma don Nicolas Antonio. Por lo que colegimos de sus obras poéticas, publicadas al mismo tiempo, habia cursado las leyes solo para complacer á sus padres; pero disgustado de la aridez de este estudio, y sin vocacion para la carrera eclesiástica, que se le propuso, se encontró sin sentirlo ya harto adelantado en edad para emprender la de las armas; así pasó sus mejores años, bastante azarosos, debiendo luego acogerse á la merced de una señora que le mantenía. Echase de ver que se hallaba violento, segun lo quejumbroso de sus composiciones, reducidas en su mayor parte á llorar ausencias de las personas sus allegadas, á renovar memorias de su patria y de Ciudad-Rodrigo, y á echar de menos los solaces de la juventud en casa de su amigo el citado Feliciano. Compuso una comedia dirigida al duque del Infantado, la cual probablemente se habrá perdido, pues no pudieron sus amigos recabar de él que la publicase.

Segun él mismo declara, en la *Historia de Clareo y Florisea* se propuso un fin moral (2), evitando las vanidades que tratan los libros de caballerias. Algo se le pegó sin embargo de esta lectura favorita de su época; en los últimos capítulos sobre todo decae visiblemente su fuerza de sensibilidad, y se remonta por la region fantástica de las visiones y encantamientos. Por decontado, el anacronismo de las costumbres descritas chocará ahora á primera vista, cuando entonces era moneda corriente. A la mitad de la narracion desaparecen sus dos héroes; queda la desventurada Isea; pero convertida esta desde aquel momento en mera espectadora, pierde todo el interés que pudo haber escitado. Se presenta en fin un nuevo personaje enteramente caballeresco, que va en demanda de aventuras, ni mas ni menos que Amadís, Esplandian y don Cirongilio de Tracia. Es verdad que el libro se titula primera parte y promete la segunda; pero mucho dudamos que á haberse esta escrito, hubiera el autor sabido volver al camino de donde tan fuera de sazón se quiso estraviar.

A pesar de todo, la historia de los amores de *Clareo y Florisea* es produccion notable por mas de un concepto. El lenguaje cobra frecuentemente algun calor, y tiene rasgos de verdadera pasion. La tela se trama bien hasta que el urdimbre se rompe; hay sucesos bien inven-

(1) Por *Gabriel Giolito*. Esta es la única edicion que conocemos, y que se ha hecho muy rara. El año siguiente se imprimió en Paris una traduccion francesa, hecha por *Jacques Vincent*.

(2) Carta á Juan Micas. (Véase la nota de la p. 451.)